

AGENDA CIUDADANA

LUJOS DEL PASADO

Lorenzo Meyer

La Independencia Relativa.- En épocas de crisis --y sin duda la actual lo es--, hay lujos que simplemente no se pueden mantener. Es verdad que, pese a todo, la forma de vida cotidiana de la clase política mexicana sigue siendo muy similar a la que siempre ha tenido: una donde se mantiene el juego político con los dados cargados, y donde la austeridad sigue sin visitar los hogares de la alta burocracia. Sin embargo, hay algo que esa clase política sí ha tenido que sacrificar, pues mantenerlo significaría un costo que ni puede ni quiere pagar: su independencia relativa frente a Estados Unidos.

La semana pasada *The New York Times* (2 de mayo) subrayó en un artículo de primera plana algo que era evidente de tiempo atrás para cualquier observador de la relación bilateral entre México y los Estados Unidos: que el actual gobierno mexicano ha seguido adelante, aunque de manera relativamente discreta, con el cambio histórico en la orientación de la política exterior. Ahora, nos dice el diario neoyorquino, esa política ya se puede calificar de "pro norteamericana". Los indicadores para sostener ese juicio son, entre otros, los siguientes: aceptar que Estados Unidos repatrie por avión a ciertos indocumentados mexicanos a los sitios de donde son originarios, para de esta manera hacerles económicamente muy costoso --idealmente, imposible--, volver a reunir los recursos para intentar cruzar de nuevo la frontera. Frente a la humillación causada por la negativa de un juez en Newark de extraditar a Mario Ruiz Massieu, el gobierno mexicano

decidió poner la otra mejilla y por primera vez decidió entregar a la justicia norteamericana a un par de mexicanos acusados de cometer crímenes en Estados Unidos (curiosamente, el caso de Juan García Abrego no es parte de la lista). La decisión de ya no usar ya la defensa de la no intervención para evitar que Estados Unidos discuta los abusos a los derechos humanos en México (abusos que, por otro lado, se siguen dando, pero tal vez ahora con un costo político internacional más alto). Sin embargo, quizá el indicador más dramático del cambio en la orientación de la política hacia Estados Unidos --y el que puede tener implicaciones más serias hacia el futuro--, es el permitir que el ejército mexicano (y la armada) establezca relaciones directas y estrechas con el *stablishment* militar norteamericano: tres reuniones entre los secretarios de defensa de ambos países en menos de un año, es todo un récord.

Lo que se Perdió.— Una de las características de los gobiernos que surgieron de la Revolución Mexicana --característica impresa gracias, sobre todo, a la lucha nacionalista encabezada por los presidentes Venustiano Carranza y Lázaro Cárdenas--, fue establecer de manera nítida que el interés nacional de México requería elaborar y sostener una política frente a Estados Unidos un tanto diferente de la del antiguo régimen Porfirista --mayor distancia-- y, sobre todo, muy diferente de la establecida por las clases políticas de los países que estaban en la zona de influencia inmediata de los Estados Unidos, es decir, en el Caribe y Centroamérica. Hasta que la Revolución Cubana se enfrentó a Estados Unidos en los años

sesenta, ningún gobierno de América Latina había confrontado a Estados Unidos tanto y tan sistemáticamente como México en busca de un espacio de independencia relativa. Incluso gobiernos tan conservadores como los de Miguel Alemán o Gustavo Díaz Ordaz, se sintieron obligados a no apartarse mucho de la línea trazada por Carranza y Cárdenas. Todo esto cambió cuando Carlos Salinas tomó el poder, y ese cambio --originado por la debilidad-- continúa hasta la fecha.

Un sistema político recién creado, joven y sustentado en la incorporación de campesinos y trabajadores, como era el mexicano de la postrevolución, permitió a la clase política mexicana contar con una base social de apoyo muy superior a la que tenían entonces sistemas tan débiles como los del Caribe y Centroamérica, donde la influencia de Washington se dejaba sentir no sólo en materia de política exterior sino en buena parte de las políticas internas relevantes. La fuerza y la estabilidad de las estructuras de poder mexicanas fueron, por tanto, el factor que permitieron a la clase política mexicana en general, y a la presidencia en particular, ser, para bien y para mal, la dueños de su propia casa. A partir de Carranza, pero sobre todo de Cárdenas, la influencia de la embajada norteamericana en los asuntos de política interna mexicana fue mínima; en materia económica se negociaba, pero no se daba a autoridades norteamericanas derecho a imponer condiciones como es hoy el caso a partir del megapréstamo de 1995.

La explicación de esa autonomía relativa de México dentro de la zona de seguridad de Estados Unidos es obvia. Cuando al final

de los años veinte la Revolución Mexicana dejó de ser vista como un proceso negativo por Washington, el gobierno de Estados Unidos descubrió la ventaja de que el desarrollo interno de México estuviera firmemente bajo el control de un partido de Estado, pues de esta manera se aseguró que en su frontera sur no se produjeran los procesos de inestabilidad y los cambios de alianzas internacionales que si ocurrieron en otras regiones del amplio mundo subdesarrollado. Fue así que la gran potencia del norte terminó por aceptar la propuesta del nacionalismo mexicano: dejar los asuntos internos mexicanos --políticos y económicos-- en manos de mexicanos --del presidente y su partido--, pues de esta manera se le daba legitimidad y fuerza al grupo y al sistema que garantizaban estabilidad de largo plazo.

El Fin de una Etapa.- El acuerdo tácito con Estados Unidos de no intervención en los asuntos internos mexicanos, sobrevivió por casi sesenta años debido a que, efectivamente, el monopolio político del PRI y el éxito de la industrialización, dieron por resultado que el Departamento de Estado emitiera de tarde en tarde un parte sistemático de sin novedad en el frente político, social y económico de la frontera sur norteamericana --donde, como en ningún otro lugar del planeta, desarrollo y subdesarrollo se encontraron en contacto directo y cotidiano. Pero además, y al menos hasta antes de la formulación de una política activa en Centroamérica a fines de los setenta, la clase política mexicana evitó, por sistema, discrepar con Washington en asuntos internacionales que Estados Unidos consideraba vitales para su

interés nacional. Vivir y dejar vivir era un elemento central de la fórmula de la relación bilateral de esos años.

Esa etapa histórica donde dominó la herencia del nacionalismo revolucionario mexicano, ha llegado a su fin. En principio, no hay nada de malo en cambiar una política exterior si el interés nacional lo requiere por buenas razones. Ahora bien, lo negativo es que las razones del cambio en la política exterior mexicana no son buenas.

Entre las no buenas razones del cambio, destacan tres. La primera es el fracaso, en los ochenta, del "milagro económico" de los años sesenta. La búsqueda de una alternativa condujo a la decisión de Carlos Salinas de llevar a México a una integración económica con los Estados Unidos por la vía de un tratado de libre comercio (TLC), hecho que, a querer que no, haría a México dependiente no sólo del gran mercado norteamericano, sino de una de las principales fuerzas que le moldean: el gobierno de los Estados Unidos. La segunda son los errores políticos y económicos de los dirigentes mexicanos en los últimos años, y que nos han conducido, por una parte, a una situación de inestabilidad potencial y, por otra, a que la clase política mexicana busque en el apoyo norteamericano una fuerza que internamente ya no tiene. En esas circunstancias, y para proteger su interés nacional, es lógico que Washington se sienta obligado a seguir más de cerca los asuntos internos mexicanos y, sobre todo, a ligar sus apoyos políticos y préstamos de emergencia sin precedentes al gobierno mexicano, a ciertas exigencias; esas exigencias sobre política monetaria y fiscal, permiten a Washington justificarse ante los

electores norteamericanos, pero hacen imposible tomar en cuenta su elevado costo social en México. Finalmente, la obvia debilidad del gobierno mexicano actual, le abre al norteamericano la puerta para intentar --como ya ocurrió en momentos similares del pasado--, resolver a su favor las diferencias entre los dos países, y que en este caso son: migración indocumentada, narcotráfico, privatización del petróleo, la extradición de nacionales, y levantar el veto que las presidencias fuertes habían puesto a una relación cercana y directa del Pentágono con una institución mexicana potencialmente importante en vista de la creciente disfuncionalidad del sistema: el ejército.

El Diagnóstico.- Que el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos acordado en 1993 no es sólo un instrumento económico, debe de haber quedado claro a estas alturas. Una relación tan directa como la que implica el TLC entre una economía tan grande, rica y en expansión y otra relativamente pequeña, subdesarrollada y en recesión, inevitablemente agudizan la asimetría a todas las demás esferas de la relación: las políticas, sociales y culturales. De ahí, por ejemplo, lo natural de la demanda de los legisladores norteamericanos en la 35 reunión interparlamentaria celebrada en Zacatecas de proceder ya a la privatización e internacionalización de PEMEX, para que siga el camino de la petroquímica, los ferrocarriles, etcétera.

Junto a lo anterior, está la preocupación norteamericana porque el mayor atractivo político de su vecino del sur --su larga estabilidad política-- ya no puede tomarse como algo dado. En efecto, el diagnóstico norteamericano sobre la coyuntura

mexicana es pesimista; un buen indicador de ello lo tenemos en el número del 18 de marzo --aniversario de la expropiación petrolera-- del la edición latinoamericana del semanario *Newsweek*. Ahí hay un rápido diagnóstico de la situación económica mexicana y sus efectos sociales; la conclusión puede ser calificada de varias maneras, menos de tranquilizante. En resumen, las afirmaciones de que la recuperación económica está en puerta, carecen de base y sigue creciendo el enorme déficit de confianza de los mexicanos respecto de sus líderes y su futuro.

Para sorpresa de nadie, el descontento detectado por el semanario norteamericano en México, abarca a todos los sectores: a los trabajadores --los salarios reales siguen cayendo y se han perdido un millón de empleos en un año--, a los empresarios --no hay crédito y 15 mil empresas cerraron en 1995--, y a las clases medias --40% de los deudores no pueden pagar los préstamos que pidieron a unos bancos debilitados en extremo.

Un Cambio sin Debate..- Hay un cambio de fondo en la política exterior mexicana, pero un cambio hecho desde arriba, sin consenso, pues el foro donde que supuestamente existe para ello, el Congreso, sigue sin funcionar como tal, dado que el dominio del PRI simplemente le impide cumplir con esa tarea. El cambio en la relación México-Estados Unidos lo conduce, pues, la presidencia, pero una presidencia debilitada y a la que la sociedad mexicana no tiene forma de exigirle explicaciones. Más que marchar por un nuevo camino en materia de política exterior, a México lo llevan.